

Notas Bibliográficas

“Agustín YAÑEZ. El Contenido Social de la Literatura Iberoamericana. México. El Colegio de México, Centro de Estudios Sociales, 1944; 47 pp.”

Por el señor Doctor Luis Alberto SANCHEZ, de República de Chile. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

LA Cuarta Jornada del Seminario sobre “La América Latina”, organizada por el Colegio de México, tuvo como ponente a Agustín Yáñez, quien presentó un nutrido ensayo titulado como esta nota. Salta a la vista, en primer lugar, la discrepancia titular: se discute la literatura “iberoamericana” en un Seminario sobre “América Latina”. Explicable desacuerdo, puesto que no estamos conformes acerca del rubro que nos corresponde. Pertenece a un mundo cuyo nombre aún se discute. Hijos de un error nominal, persistimos en el pecado de origen, afanosos de un Bautista, todavía no descubierto.

El señor Yáñez justifica, sin decirlo, su predilección, con el texto de su trabajo. Si “Iberoamérica” es un continente mestizo, le queda corta la chupa latinoamericana. Corta, y no larga, léase bien, que todo mestizaje fecundo como el nuestro conlleva gérmenes de riqueza incalculables. Mestizaje, no hibridismo, aunque el señor Yáñez alguna vez los funde, (“al hibridismo resultante del mestizaje”, p. 10) verdad que atribuyendo a otros el falso concepto. Si acaso, y como un mero alcance, en buena parte fueron los “latinoamericanistas” los responsables directos de tal peyo-

rativo juicio. A principios de este siglo, sobre todo, y en aras de Max Nordau y Cia. algunos capitanes de nuestra cultura diéronla en presentarnos como híbridos, a causa de nuestro mestizaje. Leve les sea su pecado a los señores Bunge, Zumeta, Arguedas y demás sociólogos del derrotismo continental. El señor Yáñez no se suma, felizmente, a ellos.

Lo esencial del trabajo que comentamos reside en la estimación que otorga al mestizo y el relieve que lo social tiene en nuestras letras. No a través de su amena disquisición sobre la "palabra", sino por medio de su atinado sopesamiento de la mezcla étnica y cultural, que ambas vinieron casi al mismo tiempo, sincrónicamente, sin mucho ámbito para ceder el paso a ésta antes que a aquélla, ya que la "palabra", a que se refiere al principio el señor Yáñez es esa que compromete, sinónimo de promesa y juramento; mientras que la palabra a que en verdad se ciñe su ensayo es aquella otra que manifiesta y expresa, a veces voluntad de cumplir, a veces la de no respetar nada.

Ciertamente, el elemento religioso tuvo en los principios de la Conquista y la Colonia grandísima importancia; más, acaso, habría que deslindar en tamaña coyuntura factores de discrepancia dignos de ser tomados en cuenta.

Por ejemplo, se nos ocurre que los españoles, aunque místicos en ciertos casos, nos enviaron más bien un gran número de fanáticos, atentos a la orden, al propósito exterior, como hijos de quienes luchaban contra el moro, mientras que los contemplativos indios, sobre todo los Incas, Mayas y Chibchas, eran místicos, o al menos, vivían en una órbita de misticismo, ajenos aún a todo fanatismo, probablemente visible en otros grupos aborígenes. Tanto es así que la "impronta cruel de la religiosidad" no se encuentra entre los Incas, de suerte que sería precipitado hacerla extensiva a todos los indios; y, conste, los Incas formaron el más numeroso y organizado grupo humano que comía maíz en la entonces todavía no "descubierta" América.

Creemos que, a este respecto, hay mucho, muchísimo que discutir, sobre todo en lo tocante a las equivalencias que ciertos misioneros cristianos encontraron entre el dogma cristiano y "el acervo de creencias nativas" En Perú ello fué evidente. Hasta se pretendió que cierta conjunción de dioses (Konticciviracocha, o sea Kon-Ticci-Viracocha) fué como una Santísima Trinidad quechua, en la que se reunían las excelencias de Kon, el dios del Trueno o Hacedor, Inti, dios privativo de los Incas, y Viracocha, el Sol, dios de todo el Perú. De igual manera, cuando llega-

mos a los linderos de los guaraníes, nos encontramos con que, entre ellos, los sacrificios humanos tenían un carácter heroico y medicamentoso, puesto que sólo devoraban a los prisioneros robustos y que habían sobresalido en la guerra, a fin de absorber sus cualidades en un como atolondrado propósito de “vitaminizarse”, como se diría en términos de nuestro tiempo.

Pero pasemos a lo literario propiamente dicho.

Ya hemos escrito algunos estudios acerca del tema “barroquismo o formalismo consustancial de América”. Recordamos que en 1927, publicamos nuestro primer trabajo al respecto, en ocasión del tricentenario gongorino. Ahora, el trabajo del señor Yáñez nos da pie para reforzar con un argumento más nuestra tesis; que nos juzgamos sumamente honrados de ver la coincidida en el mencionado trabajo: un escritor argentino, Angel Guido, discriminando los elementos criollos de la arquitectura colonial americana, subraya el hecho de que el indio Condori, autor de la portada del templo de San Lorenzo, en Potosí (Bolivia) fué, en realidad, el precursor de la emancipación americana, puesto que a mediados del siglo XVIII (1754, si no nos equivocamos) ya era capaz de crear una decoración de carácter autónomo, tan alejada de lo hispánico como de lo vernáculo, cristiana y gentil, idolátrica y católica, en una como implícita anticipación de soberanía estética.

El señor Yáñez, decíamos, hace hincapié en el valor de la palabra, como elemento de unión y revolución. Pero, debemos añadir a la música, que, en muchas oportunidades, superó a la palabra, puesto que, como dicen algunos doctrineros, entre ellos Arriaga, y ciertos cronistas, entre ellos Garcilaso, fué frecuente el caso en que los predicadores mantuvieron las musiquetas indias, mechándolas de versos (palabras) españolas, a fin de que los melódicos nativos se dejasen catequizar de tan esquinado modo, quizás no el más auténtico, si juzgamos de preferencia las finalidades espirituales antes que las litúrgicas. De ahí que rescatemos el valor de “la música”, como valor evangelizador, divorciándolo de “la pintura y la mímica” con que el señor Yáñez la marida o aquerencia; y la coloquemos, sin duda caprichosamente, al nivel de la palabra.

Con todo, lo fundamental del trabajo a que nos referimos se circunscribe al factor literario. Sigamos, por tanto, los pasos del crítico, a quien hay que agradecer, sin duda, la pureza de su intento, la elegancia de su estilo y la copiosidad de sus informes.

“La nuestra es literatura edificante” nos dice, y con acierto. Pero, es edificante ¿por qué? No por “imperioso mandato vital”, tan sólo,

puesto que esto explica poco o nada, sino por razones más objetivas e incontrovertibles. En primer lugar, nuestra aparición en las letras es demasiado reciente para que alcancemos una plenitud estética. Rusia misma no la ha alcanzado aún. Las causas son las mismas. Allá como acá la división del trabajo no existía, porque la sociedad no había evolucionado lo bastante para permitirla. El escritor seguía siendo una especie de brujo, como el abogado. Un poeta podía ser —y debía ser— político, guerrero, propagandista, mentor social, maestro. Por otra parte, el índice de analfabetos reduce el número de lectores y de . . . productores de belleza. Por tanto, los letrados, como los escribas del viejo Egipto o los quipucamayocs del Imperio Incaico, resultan contabilistas y aedas, estrategas y pedagogos. La literatura nace así bajo los doce signos del Zodíaco.

Los doce: ni uno más ni uno menos. El literato resulta “edificante” o a la inversa. Como nos interesa sólo lo primero, debemos destacar nada más que los nombres de quienes ejercieron su apostolado cabalmente. El señor Yáñez los consigna con justicia. Su nomenclatura, sin duda, es la que conviene enseñar a todo joven de América.

De ahí, todas las implicancias del tema. Realmente, la literatura “iberoamericana” “se ramifica en complejos de vasta pluralidad”, lo que traducido en otro lenguaje quiere decir “abarca toda clase de temas”. Pero, ya cifándonos a la novela, tal característica es de las más claras. Y lo es no sólo por tratarse de la novela de América, sino por tratarse de cualquier novela. En general, la novelística encierra siempre “pluralidad de temas”. Así ha sido desde el *Quijote* hasta el “*Ulises*”, como que constituye factor sustantivo de toda novela reunir en un compendio vivo la flor de la vida y de la muerte.

El señor Yáñez asegura que el mestizaje sociológico y cultural precedió al étnico. Sin embargo, desde una perspectiva histórica, salvando las pequeñas diferencias unas décadas, se podría asegurar que fueron coetáneos. Ciertamente, Cortés y Bernal Díaz son los pioneros, siguiendo a Colón, cuyo lenguaje, según lo tiene demostrado don Ramón Menéndez Pidal, recogió multitud de americanismos (como John Smith, en Estados Unidos, tuvo que abrir los brazos a los localismos de los Pieleros Rojas de Jamestown) . . . Pero, no olvidemos —y quisiéramos recomendar también el nombre de Ercilla, entre los adelantados que, con acierto, menciona el señor Yáñez—, que Blas Valera, mestizo de Chachapoyas, y Garcilaso Inca, mestizo del Cusco, pertenecen a esa misma edad. Ya

desde 1595, el segundo mostraba la excelencia de su estilo y el primero había abierto la trocha de la historiografía lustros antes. Por lo demás, tocante a Juan de Betanzos, su idioma se resiente de tal manera de lo indígena que resulta casi una jerigonza, a través de lo cual se hace difícil descubrir si el escritor había nacido de vientre cobrizo o de marfil.

Nos habría gustado que el señor Yáñez recordara en mejor lugar al Inca Garcilaso, no por ser peruano, sino porque, en punto a estilos, el suyo es de los más floridos entre todos los escritores coloniales de América, y aún entre los de España, como que ninguno recibió el insigne honor de ser considerado, a los casi doscientos años de su nacimiento, como germen de revueltas, ni nadie recibió el premio de verse prohibido en esas épocas, dos siglos después de la primer edición, porque su nostalgia perforaba el ánimo más resistente y lo ablandaba para encenderlo luego, en viva llama de insumisión y protesta. Con Garcilaso, hay otro escritor tan elegante como el que más, el mejor paladín de Góngora en América, el famoso doctor Lunarejo, nacido hacia 1629, prosista eximio, sin duda alguna.

Ahora bien, en lo que se refiere a los estamentos sociales visibles a través de la literatura, nos parece que, sin perjuicio de las apuntaciones certerísimas del señor Yáñez, habría que recalcar la referente a los orígenes regionales. Todavía hay sectores de América, en donde la primacía andaluza o vasca, castellana o gallega, extremeña, o asturiana, ha dejado un sello tan visible como la preeminencia de aztecas o quechuas, mayas o chibchas, aimaras o charrúas, guaraníes o toltecas, tupis o araucanos. España no nos llegó una; estaba aún dividida hasta en su expresión. Se hizo una durante la colonia, y ese proceso aparece vivo a través de la expresión literaria.

Hace bien el señor Yáñez en señalar el “sentimiento de frustración” como una de las características de Darío y otros poetas, pero nos parece justo agregar que esa misma actitud, esa misma frustración es común de otras literaturas. La vemos en Baudelaire y en Dostoyewski, por no mencionar a algunos líricos griegos en quienes aflora análogo —no idéntico, no— sentimiento.

En donde, sí, tenemos que repetir casi todo lo que el señor Yáñez dice es en lo que respecta a cierto falso indigenismo contemporáneo. Ya nos enredamos por ello en más de una discusión, tiempo ha. Como la estudiosa argentina, Aída Cometta Manzoni ha dicho: hay dos formas de enfocar al indio: la indianista y la indigenista: aquélla pictórica, ésta

social. Con tal motivo, creemos que más acertado sería colocar en el mismo renglón a Ecuador y Bolivia, antes que a Perú y Ecuador. El porcentaje mestizo en Perú es mucho mayor que en Ecuador, y el indígena puro mayor en Bolivia que en otras partes. Además, nos parece que el señor Yáñez insinúa como que en México el porcentaje indígena es menor que en Perú, Ecuador, Bolivia, Guatemala, etc. Nada de eso. Es muy parecido. Sobre todo, en lo tocante a Perú y México. Viajeros impenitentes, hemos vivido bajo muchos cielos americanos, y nos permitimos contradecir amistosamente la sugestión ahí contenida.

Sería un elogio el reproche de que, en general, el trabajo del señor Yáñez se contrae demasiado quizás a México. No se puede evitar: lo sabemos por experiencia. Con todo, desearíamos verlo extender sus alas para cubrir mejor todo el continente.

Por último, creemos que falta la clasificación "romántica" entre el Iluminismo y el Naturalismo. ¿Por qué? Pero, esto alargaría demasiado el comentario. Somos de los que creen que el Romanticismo informa nuestro ser espiritual casi desde antes del primer vagido. Continente-Romántico, el nuestro, no pudo, ni quiso preservar de tal matiz ni tan siquiera al Iluminismo. Más aún, el romanticismo tiene raigambres americanas, en Francia, desde el siglo xv. Si evocamos a Jean de Lery, veremos que ello fluye de por sí, como una surgente. Por eso, nos permitimos rogar al señor Yáñez reconsiderar la segunda de sus conclusiones, dando ingerencia al Romanticismo en el cuadro de sus acertados distingos.

El trabajo del señor Yáñez acusa, en síntesis, una noble y honesta preocupación por todo el continente. Acaso no le haya sido dado tener mayores contactos con las literaturas de Panamá al Sur, pero tenemos la experiencia personal de cuán difícil nos es, allá, en el Meridión, saber algo de la literatura de Panamá al Norte. Ojalá completáramos de alguna manera esta suerte de vivencia en hemisferios incomunicados, en mitades inconexas. Que así reluciría la gloria de nuestra cultura. con mayor limpidez y perennidad.